

HELMANTICA

REVISTA DE HUMANIDADES CLASICAS
DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

AÑO XI

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1960

NÚM. 36

Canto tercero de la Iliada

Juramentos. Teijoscopia. Duelo Alejandro-Menelao

La finalidad poética de este canto ¹ la explica así Monro: «Si tenemos en cuenta que en la Iliada el verdadero argumento, aquél en que se basa la unidad del poema, es la riña de Aquiles con Agamenón, y que la Guerra de Troya como un todo, está, poéticamente hablando, subordinada a la disputa, en el sentido en que la ocasión y circunstancias de una acción están subordinadas a la acción misma, si tenemos esto en cuenta, tendremos poca dificultad en apreciar el valor poético del tercer libro. Es, en realidad, nuestra introducción a la historia de la Guerra de Troya, tal como la tenemos en la Iliada. Pone ante nosotros el origen y motivos de la Guerra: la misma Helena, el seductor Paris, el ofendido Menelao, y la primera instigadora Afrodita. Y complementa el libro II presentando el lado troyano del cuadro general, Héctor-Priamo con sus ancianos, el palacio y las puertas Esceas» (Ib. p. 276).

Tiene cinco escenas que van alternando entre el escenario griego y el escenario troyano: primera escena, el reto de Menelao y Paris en el frente; segunda escena, la teijoscopia o contemplación del ejército desde la muralla; tercera escena, los juramentos en el campo de batalla; cuarta escena, el duelo Menelao-Paris; quinta escena, Paris y Helena en Troya.

¹ El análisis de los libros I y II de la Iliada están publicados en *Perficat*, nn. 80 y 141. Colegio de San Estanislao, Salamanca.

PRIMERA ESCENA: EL RETO DE MENELAO Y PARIS

Ante todo, una ambientación bélica: «Una vez que se formaron con sus jefes todas las divisiones, los troyanos con clamores y gritos marchaban, como pájaros —como el clamor de las grullas que se oye en el cielo, cuando huyen del invierno y de la lluvia sin límites y vuelan chillando sobre las corrientes del océano, llevando a los hombres Pígemeos la muerte y la parca: y a la mañana presentan terrible batalla—; los otros —cómo no— iban en silencio, respirando furia, los aqueos, con corazón deseoso de socorrerse mutuamente. Como del monte en las cumbres difunde el Noto la niebla —para el pastor nada grata, para el ladrón mejor que la noche—, y tanto alcanza la vista cuanto da un tiro de piedra, así —cómo no—, el polvo subía en remolino bajo los pies de los que marchaban: y con gran rapidez atravesaban la llanura».

Con estas dos comparaciones describe el avance de los dos frentes. En tres detalles se fija, los dos primeros en contraste: en la gritería de los troyanos y en el silencio de los aqueos, y luego en el polvo que ambos levantaban. El clamoreo y algarrabía de los troyanos está en consonancia con la diversidad de sus lenguas antes explicada, y está descrito a base de una comparación: como chillan las grullas al huir del invierno y traban batalla al amanecer a boca de cielo, así chillaban los troyanos. En cambio los aqueos, en silencio..., respirando furia, con afán de ayudar a sus compañeros. Contraste impresionante. Luego el polvo que se levantaba, descrito también a base de comparación: como la niebla que derrama el viento por las vertientes de la montaña, que no deja ver nada más que lo que alcanza un tiro de piedra, así subía en torbellino el polvo de bajo los pies de los que marchaban... Todo el ejército envuelto en polvo como una niebla. Y es típico en la comparación homérica la nota humana: antes las grullas iban gritando mientras volaban por el océano llevando a los Pígemeos la muerte y la parca..., ahora «la niebla no agrada a los pastores, en cambio al ladrón le agrada más que la noche»... Es la nota humana

y dramática con que ensalza el valor de las comparaciones, y hace que estos cuadros no sólo ilustren y distraigan, sino también conmuevan...

Tras este marco ambiental viene el reto: «Cuando ya estaban cerca para atacarse unos a otros, apareció en primera línea ante los troyanos Alejandro de aspecto divino, con piel de leopardo a los hombros y curvos arcos y espada: y vibrando dos astas con punta de bronce desafiaba a todos los mejores aqueos a luchar mano a mano en terrible combate. En cuanto le vió el querido de Marte Menelao venir delante la tropa a grandes pasos, como león se alegró, cuando sorprende un gran cuerpo —al encontrar a un ciervo cornudo o a una agreste cabra— hambriento: porque en un tris lo devora aunque le acosen rápidos perros y rozagantes jóvenes: así se alegró Menelao al ver con sus ojos a Alejandro de aspecto divino: porque pensaba que había de tomar venganza del criminal: y en seguida del carro con las armas saltó a tierra.

En cuanto le vió Alejandro de aspecto divino entre los primeros aparecer, le dió un vuelco su querido corazón; y atrás se echó hacia la hueste de sus compañeros para evitar la muerte. Como cuando uno al ver un dragón salta para atrás y escapa en las barrancas de la montaña, y por abajo el temblor le coge las rodillas, y para atrás retrocede y la palidez le invade las mejillas: así para atrás se escondió entre la turba de bravos troyanos temiendo al hijo de Atreo, Alejandro el de aspecto divino. — Hector le riñó, al verle, con ignominiosas palabras: Mal-Paris, cara bonita, mujeriego, seductor, ojalá no hubieras nacido y hubieras muerto sin bodas. Esto quisiera yo, y fuera mucho mejor que ser así la ignominia y el desprecio de todos. Cierto, a carcajadas se van a reir los melenudos aqueos, creyendo que te hemos puesto de jefe por tu buena cara, sin tener fuerza en tu ánimo ni valor alguno. ¿Y siendo así, en naves cruzamares has recorrido el ponto con tu grupo de fieles amigos, te has mezclado con extranjeros, y has traído una mujer hermosa de lejanas tierras, nuera de hombres lanceros, gran pesar para tu padre y para la ciudad y para todo el pueblo,

en cambio para los enemigos alegría, y oprobio para ti mismo? ¿No esperarás ahora al marcial Menelao? Sabrías, sí, de qué hombre tienes la florida esposa. No te aprovecharía la cítara, ni los dones de Afrodita —el cabello y la figura— cuando rodases por el polvo. Es que los troyanos son muy tímidos: de lo contrario ya tendrías puesta una túnica de piedra, por las maldades que cometiste.

Y Alejandro, de aspecto divino, le dijo a su vez: Héctor —ya que razonablemente me riñes y no sin razón— siempre tu corazón está, como un hacha, afilado: ella penetra por la madera por la fuerza del hombre que con su arte desbasta cuadernas, y aumenta del hombre la fuerza —así tú en los pechos intrépido el ánimo tienes. No me vengas con los dones amables de la adorada Afrodita: que no son rechazables los gloriosos dones de los dioses, ya que ellos los dan y uno no es parte para no recibirlos. Pero ahora si quieres que yo luche y combata, sienta a los troyanos y a todos los aqueos y ponédme en el medio a mí y al marcial Menelao para que nos batamos por Helena y todas sus riquezas: y el que venza y quede triunfante, que coja enhorabuena las riquezas todas y la mujer, y se las lleve a su casa: y los demás, haciendo un pacto de amistad con juramento firme, habitad en Troya terronera: y ellos que se vuelvan a Argos pasta-caballos y a Acaya mujeres-bellas.

Así dijo: Y Héctor entonces se alegró grandemente al oír sus palabras, y —cómo no— saliendo al medio contuvo las falanges de los troyanos, por medio la lanza cogiendo: y ellos se sentaron todos. Pero a él le disparaban los melenudos aqueos, apuntándole, con saetas, y le tiraban con piedras. Mas fuertemente gritó el rey de hombres Agamenón: alto, argivos; no tiréis, jóvenes aqueos: porque se pone a decir unas palabras el de casco tremolante Héctor. — Así dijo, y ellos pararon la lucha y en silencio se quedaron al punto. Y Héctor entre los dos frentes dijo: Oídme, troyanos y los de buenas-grebas aqueos, la propuesta de Alejandro, por quien comenzó la contienda: pide que los otros troyanos y todos los aqueos las armas hermosas dejen sobre la tierra nutridora y que él en el medio y el grato-a-Marte Menelao luchen solos por Helena y sus ri-

quezas todas; y quien venza y quede triunfante, cogiendo enhorabuena las riquezas todas y la mujer, a casa se las lleve: y los demás pactemos amistad y juramento firmes. — Así dijo: y ellos —cómo no— todos tranquilos se quedaron en silencio. Y les dijo también el de buen grito Menelao:

Oídme ahora también a mí: porque gran dolor alcanza a mi alma: opino que os separéis ya, argivos y troyanos, porque muchos males habéis sufrido por mi contienda y la de Alejandro que comenzó. De nosotros dos, aquél para quien estén la muerte y la parca dispuestas, que muera: mas los demás separaros cuanto antes. Vais a traer dos corderos, uno blanco y otra negra, para la tierra y para el sol: que para Zeus nosotros traeremos otro. Y traed la potestad de Priamo, para que los juramentos los ratifique él mismo, pues sus hijos son insolentes e infieles. Y que nadie con su transgresión viole los pactos de Zeus. Pues siempre las mentes de las personas jóvenes son volubles: en cambio cuando el viejo interviene, sabe mirar a un tiempo adelante y atrás, para que lo mejor por ambas partes suceda.

— Así dijo: y ellos se alegraron, aqueos y troyanos, esperando poner fin a la angustiada guerra. Y —cómo no— los caballos contuvieron en filas, y saltaron ellos y las armas se quitaron, que pusieron en tierra, cerca unos de otros, y pequeño campo quedaba entre ellos. — Héctor a la ciudad dos heraldos mandó cuanto antes a traer los corderos y llamar a Priamo. Pero él, el caudillo Agamenón, envió a Taltibio que fuese a las naves huecosas, y le mandó que trajese un cordero: y él —cómo no— no desobedeció a Agamenón divino».

Estamos ante uno de los momentos estéticamente más interesantes del poema. Aquél en que el autor demuestra que no es historiador sino dramático. Si Homero hubiera concebido su poema a lo historiador, como lo han hecho tantos épicos, hubiera empezado por los orígenes de la guerra de Troya —el rapto de Helena por Paris Alejandro en casa de Menelao. Luego hubiera descrito las legaciones diplomáticas frustradas que se llevaron a cabo para su devolución, y por último la expedición

militar con su convocatoria, reunión de ejércitos, navegación, desembarco, lucha, asedio de nueve años... Pero como no lo concibió a lo historiador, sino a lo dramático, la historia de la guerra de Troya ha quedado subordinada al drama, que está en la riña de Agamenón y Aquiles, la retirada de éste, la derrota de los griegos como consecuencia, la salida de Patroclo para remediarlos, su muerte... y la salida de Aquiles para vengarle con la muerte de Héctor. Pero si la historia de la guerra está subordinada, no quiere decir que esté suprimida. No sería entonces el poema de la guerra de Troya. ¿Pues, cómo está? Como lo vemos en esta rapsodia: dramatizada según lo va pidiendo la marcha de la acción...

Ahora han salido los dos ejércitos al campo. Se van a enfrentar y va a empezar la lucha. ¿Cómo la hubiéramos empezado nosotros? Homero va despacio y va con arte. Nosotros a lo mejor hubiéramos puesto en seguida el choque de los dos ejércitos. Hay que saber reservarse. El choque vendrá, pero antes Homero piensa en un duelo que prepara el crescendo y le sirve maravillosamente para poetizar épicamente las causas de la guerra. Así mata, como siempre, dos pájaros de un tiro... Y ¡con qué naturalidad!

Hace destacar en primera línea del ejército troyano al ligero Alejandro «guapo como un dios». El epíteto θεοειδής se repite cinco veces declarando su pretenciosidad, su timidez, su enervamiento seductor, su impotencia e inferioridad. «Hermoso como un dios», viene en primera línea sin escudo, sin coraza, sin casco, con una piel de pantera sobre los hombros y el arco y la espada. Dos lanzas vibraba en la mano provocador y desafiante: El que quiera luchar conmigo que salga: a los jefes se lo digo... — «En esto le ve Menelao cómo viene delante de todos, pisando a lo grande... Como león se alegró que tropieze con un cuerpo grande, encontrando un ciervo cornudo o una cabra montés, hambriento...». Ya está poniendo el poeta la enemistad, más bien sugiriéndola por los efectos, como es su método. ¡Y con cuántas más sugerencias armonizadas! Sugerencia de superioridad guerrera de Menelao en su epíteto «favorito de Ares» —el dios de la guerra— frente al θεοειδής de Alejandro, «el guapo

como un dios». Sugerencia de pretenciosidad de Paris al venir «delante la tropa pisando a lo grande». Sugerencia de superioridad de Menelao al compararle con un león. Sugerencia de inferioridad otra vez de Paris al dejarle en el puesto de un ciervo cornudo o una cabra montés... Sugerencia de superioridad una vez más de Menelao «al alegrarse como león que encuentra una gran presa... hambriento». Alegrarse, ¿por qué? Porque da por supuesto sin dudar siquiera que se lo devora, porque le tienes ganas, muchísimas ganas, como león «hambriento»... Porque le odia a par de muerte y se goza con tenerle en sus manos.

Este odio es el motivo principal de la comparación, motivado por el dato histórico de la injuria, y es lo primero que sugiere, pero cuán bellamente armonizado en esa hambre y en esa fuerza y en esa debilidad: «porque el león se lo devora, aunque le acosen veloces perros y vigorosos jóvenes». Así le devorará Menelao a Paris aunque le defiendan los demás troyanos. ¿No está bien descrita la enemistad y rivalidad? Y con el encanto sugerente de la comparación, mucho más elocuente que la narración directa. Narración que el mismo poeta va a dar, pero dramáticamente. «Así se alegró Menelao al ver con sus ojos a Alejandro, guapo como un dios: porque pensaba castigar al criminal». Con esto ya está dicho y sugerido. La explicación vendrá más tarde.

Si Menelao ve a Paris, también Paris ve a Menelao. ¿Cómo reacciona? Frente a la reacción exultante de Menelao, a lo león, el poeta nos junta en maravilloso contraste la reacción aplastante de Paris a lo cobarde. «En cuanto Alejandro guapo como un dios vió a Menelao aparecer entre los primeros, se le paralizó el corazón: y para atrás entre la hueste de sus compañeros se retiró, la parca evitando». ¡Qué elocuentemente ha pintado en este contraste la cobardía y afeminamiento de Paris! Antes tan pretencioso, tan arrogante, como una doncella presumida, delante de todos, desafiando a los mejores... Ahora echando pie atrás en cuanto ve a Menelao y desapareciendo entre la turba de los combatientes. Siempre por los efectos: y

qué pocos y qué característicos —paralización del corazón, pie atrás y desaparición...—.

Pero como el momento es tan importante, con la descripción directa también la comparación, como en la estampa anterior de Menelao. «Como cuando uno ve un dragón salta para atrás y escapa en las barrancas de una montaña, y por de bajo el temblor le coge las piernas, y para atrás retrocede, y la palidez le agarra la cara: así, hacia atrás, por la turba se metió de los troyanos valientes, temiendo al hijo de Atreo, Alejandro guapo como un dios». La comparación tan vivida del dragón y el caminante remacha las sugerencias anteriores, sobre todo la de la cobardía. ¿Cobardía por qué? Porque Menelao es mucho más fuerte, como el dragón, y le tiene un odio a muerte... Por eso Paris, como el caminante, consciente de su inferioridad y del odio a muerte que el otro le tiene— ¿por qué será?— salta también para atrás y se escapa y siente que el temblor le agarra las piernas y sigue escapando para atrás y la palidez le agarra las mejillas... ¡Qué vigor de expresiones y qué selección de datos! ¡Ramillete más precioso de los efectos del miedo! Saltar para atrás, escaparse, temblar por debajo, más y más para atrás, palidez de mejillas. Y qué vigor en ese «cogerle el temblor por abajo» y «agarrarle la palidez las mejillas». «Así se escondió Alejandro entre la turba de sus compañeros».

El poeta ha sugerido dramáticamente la rivalidad existente entre Paris y Menelao. Pero, ¿por qué? Ahora nos lo va a decir, pero también dramáticamente:

«Héctor vió a su hermano Paris retroceder y esconderse entre las filas, y enfadado le rió con palabras de ignominia: Mal-Paris, cara bonita, mujeriego, seductor: ¡así no hubieras nacido y hubieras perecido sin saber de bodas!... Eso quisiera yo, y hubiera sido mucho mejor que no ser así la ignominia y el escarnio de todos. A carcajadas se van a reir los melenudos aqueos al creer que venías de jefe por tu guapa cara, sin pizca de fuerza en tu ánimo ni valor alguno». ¿Qué quiere decir todo esto? Es la pintura físico-moral que nos hace el poeta de Paris, es el retrato que nos está pintando por boca de su hermano,

es el ambiente de que gozaba en Troya y lo que sentían de él sus más allegados. Δύσπαρι Mal-Paris —le dice jugando con el nombre— y luego le echa los tres epítetos que retratan su afeminamiento y abyección moral: "cara bonita, mujeriego —o mejor, a la letra, "loco por las mujeres"— seductor engañoso"...». ¿No está con esto describiendo su crimen? Luego el aborrecimiento y el asco con que todos le miraban: «¡Así no hubieras nacido y hubieras perecido sin saber de bodas!». Esto en boca de un hermano es ya lo más que se puede decir. ¿Y por qué? Por ser la ignominia de todos por su vileza moral y su cobardía. A carcajadas vas a hacer reír a los aqueos cuando vean que vienes de jefe sólo por tu cara bonita, sin pizca de valor ninguno. Si no, ¿por qué huyes?...

Por último la descripción de su crimen: «Y siendo así —tan cobarde— te atreviste a recorrer los mares con la camarilla de tus amiguitos, y mezclarte con extranjeros y traer una mujer bien parecida de tierras lejanas, esposa de un hijo de raza lancera, calamidad inmensa para tu padre y para tu ciudad y para el pueblo entero, alegría para tus enemigos y oprobio para tí mismo. ¿No esperarás ya al querido de Ares, Menelao? Sabrias de qué hombre tienes la florida esposa». ¿No es esto contar el origen de la guerra de Troya? ¿El rapto de Helena por Alejandro, abusando de la hospitalidad que le dió en su palacio Menelao? Con los adjuntos de su hermosura, de su lejanía, de su parentesco con la raza griega, de su fatalidad para la nación, de su ignominia para él? ¿No es esto decir que tiene raptada la esposa de Menelao, mil veces más fuerte que él? Pero es un cobarde que no se atreve a esperarle, de lo contrario —Héctor insiste en su cobardía y afeminamiento —«no te aprovecharía la cítara y esos dones de Afrodita [el cabello y la cara] cuando te mezcles con el polvo—. Y tras el desprecio la amenaza: «Es que los troyanos son unos grandísimos cobardes: de lo contrario ya te habían vestido con una túnica de piedra, por esas maldades que hiciste».

Esto es dramatizar. Esto es contar un hecho histórico pero no a lo historiador, sino a lo dramático.

Alejandro guapo como un dios contesta: ¿Qué dice? Reco-

noce la razón que le asiste a Héctor para reprenderle por su hazaña inmoral, por su retirada cobarde. Reconoce que él no tiene el corazón intrépido de Héctor. Y esto con una comparación bellísima de una psicología sutil: «Héctor, con razón me reprendes, que no sin razón... Siempre tu corazón inmellable como el hacha que entra por la madera al impulso del hombre que con arte hiende cuaderñas y aumenta del hombre el empuje: así tú tienes en tu pecho un corazón intrépido». La fotografía cinestésica del artesano que labra «cuaderñas de navío con el hacha afilada que entra por la madera al impulso del brazo y con su peso aumenta ella misma el empuje del hombre» es de una precisión fototípica y de una observación psico-fisiológica admirable. — Después de estos dos reconocimientos sigue Paris: Pero aunque yo no soy así, «no me echés en cara los dones de Afrodita, que no hay por qué despreciarlos cuando los dioses los dan y no está en la mano de uno el no recibirlos». Es decir, mi guapura y mi cabellera no son ningún mal, que los dioses me los dieron y no me consultaron a mí para recibirlos. Por lo tanto, déjalos en paz. Y si quieres que luche y me bata —a esto iba la reprensión de Héctor, a que aceptase el duelo con Menelao a quien había provocado— manda sentarse a todos —troyanos y aqueos—, y quede yo en medio con Menelao para luchar por Helena y sus riquezas: el que triunfe de los dos que se la lleve a su casa. Y los demás juráos amistad y vivid tranquilos en casa, unos en Troya y otros en Argos y Acaya».

Es la aceptación del duelo y sus condiciones definitivas. Es el punto final de la guerra. Duelo cumbre en sus posibles consecuencias guerreras. Así trabaja Homero y así dramatiza Homero. Cuenta la historia del origen de la guerra de Troya aprovechando la primera acción militar del poema, que viene a ser providencialmente un duelo en que se encuentran los dos campeones morales. En la preparación de ese duelo va el poeta dejando caer de la manera más natural y más poética toda esta historia. ¿No es ésta una lección de la más alta estética? Porque la dramatización del reto sigue adelante. Héctor alegre va al medio y detiene a los troyanos con una lanza cogida por medio.

Ellos se sientan. Los aqueos le flechan con dardos y tiran con piedras. Pero Agamenón los gritaba: Alto, que Héctor va a hablar. Y entonces Héctor comunica la proposición de Alejandro «por quien comenzó la guerra»: —Sentanos, troyanos y aqueos todos, nos batiremos Menelao y yo en duelo a muerte. Aquél que venza, llévase a Helena con todas sus riquezas. Los demás jurad la paz y la amistad perpetua». Así dijo: y todos —cómo no— tranquilos se quedaron en silencio... Esta rapidez y dramatismo encanta: la figura de Héctor lanza en mano parando a las falanges troyanas, los dardos y piedras que le disparaban los aqueos al verlo sólo en el medio, el grito de Agamenón mandándolos parar, la proclama de Héctor... Todo en contraste, todo en choque, todo trabado, todo en drama... De aquí le viene el interés mayor a la poesía homérica: de su dramatismo interno.

Por fin habla también Menelao para aceptar el reto, explicar su verdadero alcance y dar la última mano a la historia del origen de la guerra: «Oídme ahora también a mí: porque más que a nadie el dolor alcanza a mi alma: creo que ya ha llegado la hora de separaros por fin, argivos y troyanos, pues ya habéis sufrido demasiados males por mi contienda y la de Alejandro que comenzó». Son las notas del comienzo de la guerra emitidas desde el corazón de la víctima: a mí más que a nadie me alcanza el dolor, hora es ya de que yo dirima personalmente la contienda, vosotros ya habéis sufrido bastante por causa mía y por culpa de Alejandro que comenzó... «Quien de los dos tenga preparada la muerte y la parca, muera: los demás separaos cuanto antes». ¿No es verdad que Menelao, «el de buen grito» tiene también buen corazón? Pero sigue todavía respirando por la herida, mientras hace los encargos para el juramento:

Traed dos corderos —uno blanco y otra negra— para la tierra y el sol: para Zeus nosotros traeremos otro. Y traed la potestad de Príamo para que los juramentos los haga él mismo, porque sus hijos son insolentes y desleales...». ¿No está apuntando a Paris el desleal raptador? «No sea que alguno con su transgresión viole los juramentos de Zeus. Que siempre son

tornadizas las mentes de los muchachos, pero cuando interviene un viejo, mira adelante y atrás, para que por ambas partes tenga el resultado mejor». ¡Con qué arte sabe el poeta matar dos pájaros de un tiro! Así como antes, mientras Héctor animaba a su hermano a aceptar el reto, fueron saliendo los comienzos de la guerra, así ahora, al aceptarlo Menelao, van completándose las notas de esos comienzos; allí desde el punto de vista del ofensor, aquí del ofendido. «Las mentes de los jóvenes son volubles: sus hijos son infieles y atrevidos: que venga el viejo y ponga gravedad y responsabilidad en los pactos, no sea que alguno los viole...»; ¿no es ésto, además de la voz del escarmiento, un timbre poético de lo que puede, de lo que luego va a pasar? Así dijo: Y en su auditorio causó la mayor alegría —en griegos y troyanos— creídos de que ya se iba a poner fin a la insufrible guerra. Es el climax psicológico del duelo, y militar también.

Aquel primer encuentro de los campeones morales podía ser también el comienzo del fin... «Contuvieron —cómo no— a los caballos alineados, saltaron ellos de los carros, se quitaron las armas y las dejaron en tierra —unos junto a otros— con un pequeño espacio entre medio». Son los rasgos que indican la confianza del pacto, cuatro: caballos, jinetes, armas —quitadas, posadas en tierra—, juntos... Y por fin el rasgo, como siempre, más elocuente: «un pequeño espacio entre medio» de los dos ejércitos..., para el duelo. «Héctor manda a la ciudad dos heraldos para que traigan cuanto antes los corderos y llamen a Príamo. Agamenón manda a Taltibio que vaya a las naves huecas por otro cordero... Y no desobedecieron...».

«Nótese —dice Monro, Iliada, III, n. 121—, la dramática habilidad con que el envío de los heraldos lo aprovecha el poeta para cambiar la escena al interior de Troya. Así también al fin de la *τειχοσκοπία*, la salida de Príamo con los heraldos que vuelvan nos llevarán de nuevo al campo sin interrupción perceptible de la narración. Compárese con lo dicho en el libro I, nota 493, sobre el episodio de la devolución de Criseida: "Con qué dramática habilidad se llena el vano de los doce días del viaje de los dioses con el episodio de la devolución de Criseida,

de modo que no se da la impresión de pausa ninguna en la acción". En cosas como éstas es en lo que se muestra lo acabado de la poesía homérica.

Resumiendo toda esta magnífica escena, su interés está en el choque pasional del encuentro de los dos campeones morales —el ofendido y el ofensor—, en el contraste entre los dos momentos de Paris —el inicial provocador y pretencioso y el posterior vergonzoso y cobarde—, en el contraste belicoso entre los dos campeones —Paris el guapo y afeminado y Menelao el amigo de Marte—, en la viveza y expresividad gráfica de las comparaciones —el león, el dragón, el hacha— en la poetización dramática de las causas de la guerra, en la significación excepcional del duelo como posible final de la guerra, con la intervención de los jefes supremos Héctor y Agamenón, en la sed que el ejército tenía de paz, y en la artística dramatización total de la escena.

ESCENA SEGUNDA: LA TEIJOSCOPIA

Y con esto llegamos a la bellísima escena de la teijoscopia o mirada desde el muro. Con ella nos presenta el poeta a Helena, la otra causante moral de la guerra, y completa así la historia de sus orígenes.

«Iris a su vez fue de mensajera a Helena la de blancos brazos, parecida a su cuñada, la mujer del Antenórida —la que tenía el rey Helicaón, hijo de Antenor— a Laodicea, de las hijas de Príamo la primera en belleza. La encontró en el salón: tela grande tejía, doble, purpúrea: y en ella muchas luchas bordaba de troyanos domacaballos y de aqueos bronce-tunicados, que por ella habían sufrido a manos de Ares. Y cerca poniéndose la dijo la pies-rápida Iris: Ven acá, ninfa querida, para que veas los admirables hechos de los troyanos domacaballos y de los aqueos bronce-tunicados: antes se llevaban unos a otros la guerra de tantas lágrimas en la llanura, ansiosos de mortal batalla, y ahora están en silencio sentados —la batalla parada— apoyados en los escudos, con las largas lanzas clavadas al lado.

Pero Alejandro y el querido de Marte Menelao con largas lanzas van a luchar por ti: y de quien venciere serás declarada la querida esposa. — Así diciendo dulce añoranza la infundió la diosa de su primer marido, de su ciudad y de sus parientes. Y en seguida cubriéndose con blancos velos salió del tálamo, tier-nas lágrimas derramando: no sola, que con ella también dos doncellas iban, Etra, de Piteo hija, y Climene la de ojos grandes. En seguida llegaron desde allí a donde estaban las puertas Esceas. — Los que estaban con Príamo, Pantóo y Timetes y Lampo y Clitio e Hicetaón, vástagos de Ares, y Ucalegón y Antenor —pareja prudente— estaban sentados, ancianos del pueblo —en las puertas Escenas: por la vejez ya exentos de la guerra: pero oradores buenos, a cigarras parecidos, que por la selva en el árbol sentadas emiten su voz lírica: así —cómo no— los ancianos de Troya estaban en la torre sentados. Cuando ellos vieron a Helena venir por la torre, bajo se dijeron estas palabras aladas: Se explica que troyanos y bien grebados aqueos por una mujer así estén tanto tiempo sufriendo pesares: tremendamente a las diosas inmortales en la cara se parece. Pero aún así, aún siendo tal, que se vuelva en las naves y no se quede para pena nuestra y de nuestros hijos luego.

Así —cómo no— dijeron: y Príamo llamó a Helena levantando la voz: Ven acá, hija querida, y siéntate delante de mí, para que veas a tu primer marido y a tus parientes y amigos. — No me eres tú la causante, los dioses me son, sí, los causantes, que me han echado encima esta guerra de tantas lágrimas de los aqueos— para que me digas qué aqueo es ese héroe gigante tan gallardo y tan grande. Cierto que por la cabeza otros hay todavía más altos, pero tan hermoso yo nunca le vi con mis ojos, ni tan augusto: caudillo de veras parece. — Y Helena así contestó, divina entre las mujeres: Respeto me infundes a mí, suegro querido, y temor: ojalá que la muerte se me hubiese antojado, infeliz, cuando acá a tu hijo seguí, tálamo y conocidos dejando, y una hija aún en flor y unas compañeras envidiables. Pero no fue así: Y por eso me consumo llorando. — Contestaré a lo que preguntas e interrogas: Este es el Atrida, el gran caudillo Agamenón, a la vez rey excelente y valiente

lancero: cuñado también mío era —de esta cara de perra— si alguna vez lo fue».

Así dijo: y el anciano le admiró y dijo: ¡Oh dichoso Atrida!, hijo de la suerte, bendecido del cielo, verdaderamente que son muchos los hijos de los aqueos que te están sometidos. Yo fui también a Frigia la viñadora, donde vi muchísimos frigios, los de los corceles ligeros, pueblos de Otreo y de Migdón el casi-dios, que entonces —cómo no— acampaban en las riberas del Sangario: porque también yo siendo su aliado me conté entre ellos, el día aquel en que vinieron las Amazonas casi-varones: pero ni aquellos eran tantos, cuantos los aqueos de mirar brillante.

El segundo vio a Ulises y preguntó el anciano: dime, anda, también éste, hija querida, quién es: menor de cabeza que Agamenón Atrida, pero más ancho de hombros y de pechos, que hay que ver. Sus armas tendidas yacen sobre la tierra bien nutridora, y él como un carnero revista las filas de hombres. A un carnero le comparo yo de densa lana que recorre un gran rebaño de ovejas blancas. — Entonces le contestó Helena de Zeus nacida: éste es también el Laertiada, el mucha-maña Ulises, que se crió en el pueblo de Itaca tan escarpada como es, sabedor de toda clase de dolos y de consejos prudentes.

— Entonces Antenor prudente le interrumpió: Oh mujer, con cuánta verdad has dicho esto. Porque ya una vez vino también acá el divino Ulises en embajada a por tí con el favorito de Ares Menelao; yo los hospedé y los agasajé en mis palacios y conocí la naturaleza de ambos y sus consejos prudentes. Cuando ya se encontraron mezclados con los troyanos en la asamblea, de pie Menelao sobresalía por sus anchas espaldas, pero sentados los dos, más respetable era Ulises. Y cuando ya empezaban a hilvanar palabras y consejos para el público, cierto que Menelao con rapidez arengaba —poco, pero muy claramente—, pues no era de mucha palabra ni se salía de su punto, y eso que era el más joven. Mas cuando ya el mucha-maña Ulises se levantaba, primero se quedaba parado y para abajo miraba, los ojos en tierra clavando, sin mover el cetro atrás ni adelante sino fijo lo tenía, parecido a un hombre que nada sabe: dijeras que era un inculto y un insensato, así: Pero cuando ya —cómo

no— su voz potente del pecho sacaba con palabras que a los copos de nieve se parecían en tiempo invernal: ya no habría mortal que con Ulises —¡qué va!— se enfrentase: ni entonces nos fijábamos ya más en su figura...

El tercero se fijó también en Ayante y preguntó el anciano: ¿Y quién es este otro aqueo apuesto, gallardo y grande, el más saliente de los aqueos por la cabeza y anchos hombros?. — Y Helena de largo peplo le contestó, divina entre las mujeres: «Este es Ayante el tremendo, baluarte de los aqueos. Idomeneo al otro lado entre los cretenses. Muchas veces le hospedó el favorito de Ares Menelao en nuestra casa, cuando de Creta venía. Y ahora estoy viendo a todos los otros aqueos de ojos brillantes, que conozco muy bien y pudiera decir sus nombres: pero a dos no puedo ver, —jefes de pueblos —a Castor domacaballos y al buen púgil Polux, hermanos míos que me dio una misma madre. ¿Acaso no vinieron de Lacedemonia la amena? ¿O es que vinieron acá en las naves cruzamares pero ahora no quieren tomar parte en la batalla de los hombres, por temor a los muchos escarnios y afrentas que me merezco?. — Así dijo: pero a ellos ya los tapaba la vivífica tierra en Lacedemonia, allá, en el querido suelo de la patria».

Vamos a analizar esta bellísima escena, «la más delicada —según Leaf— entre los pasajes descriptivos de la Iliada» (Companion, p. 64, n. 161). Su encanto, ¿de dónde nace? De varias fuentes. Primera, de la persona misma de Helena. «La figura central del interés de este libro —escribe el mismo Leaf— es sin duda Helena. Hasta ahora no ha tenido nada más que una alusión en el discurso de Néstor: ahora se presenta ella ante nosotros en toda su esplendente beldad y tenemos los primeros rasgos de un carácter que ha ejercido, más tal vez que ninguna otra creación poética, un profundo efecto en la imaginación de los hombres... Helena es el primer gran tipo del eterno dualismo del hombre —la antítesis de la naturaleza sensual y de la espiritual— que cada generación de poetas y romanceros ha elaborado para sí. El complemento es la figura de Paris, el hombre pura y simplemente sensual, en quien el valor marcial

no es más que un relámpago momentáneo en una naturaleza enervada, pero no naturalmente cobarde. En este contraste de caracteres reside principalmente el superior interés de esta parte de la Iliada» (Ib., pp. 89-90).

Helena la arrepentida, Helena la estimada, Helena la griega que reconoce desde el campamento enemigo las huestes de su patria, y las explica y las caracteriza y las detalla, Helena que se maldice como causante de tantas desgracias... es el secreto del encanto de esta alhaja literaria. Empezaba el poeta por una idealización poética. Va Iris en figura de «la hija más bella» de Príamo y la encuentra en la sala hilando y bordando: hilaba una tela grande «purpúrea» y bordaba en ella los muchos trabajos que troyanos y aqueos habían sufrido por ella en la guerra. ¿Qué nos dice esta presentación? Que Helena era la causa de toda aquella contienda, que Helena era agradecida y sentía todo lo que por ella sufrían, que Helena pudo poner comienzo pero no podía poner fin a la espantosa guerra, que Helena mientras ellos sufrían ella se ocupaba en inmortalizarlos en el arte.

Todo este conjunto de emotividades internas brotan de esta primera y felicísima presentación de Helena la causante... ¿Qué le dice Iris? «Ven a ver los hechos admirables de troyanos y aqueos —tú que los pintas...—: antes salían a darse la batalla furiosos y ahora están sentados en silencio —apoyados en los escudos, con las lanzas clavadas en el suelo—. Es que van a luchar por tí en duelo singular Alejandro y Menelao, y serás la esposa querida de quien venciere». Así diciendo la infundió la diosa dulce añoranza de su primer marido y de su ciudad y de sus parientes». Es un nuevo avance en la pintura de Helena como clave de la guerra: por ella salían a luchar los ejércitos..., y para que se vea más claro que es por ella, ahora los ejércitos están parados —con otros tres rasgos fotografía el paro: sentados, apoyados en los escudos, las lanzas clavadas al lado— y salen al medio a dirimir la lucha sus dos esposos —el legítimo y el raptor— a decidir por las armas quién se la ha de llevar... El hecho es sorprendente —todos los hechos de la guerra son admirables— pero el de hoy lo es mucho más por

el cambio brusco del frente y por la significación y trascendencia que para Helena puede tener. Para Helena la angustiada por tanta guerra, para Helena la arrepentida, para Helena la cautiva que añora a su primer esposo, a su patria y a sus allegados... Y va perfilándose el carácter humano y moralmente amable de Helena: humana, porque su corazón un día imprevisor hoy es sensible al dolor de los pueblos y quiere restañar tanta sangre; moralmente, porque si un día fue pecadora hoy siente y detesta su pecado. Y también, se puede añadir, humanamente porque su corazón noble siente añoranza de lo que dejó: su marido, su patria, sus parientes y conocidos...

Por eso en cuanto oyó la noticia se puso en camino a la torre. Con un velo de lino blanco sobre su cabeza salió del tálamo llorando tiernas lágrimas. ¿Por qué? ¿Por su situación? ¿Por la pena que le daba lo que había hecho? ¿Por la incertidumbre de lo que iba a suceder? Por todo ello junto. Estas lágrimas reflejan la angustia y la pena de su corazón y es una nueva pincelada más que lo purifica. No fue sola, con ella fueron dos doncellas... símbolo de respeto y de pudor. Y llegaron a las puertas Esceas... Allí estaba Príamo con los ancianos del pueblo. Nombra siete para indicar su número... Y hace una bella descripción de ellos: «Por los años ya estaban exentos de la guerra; pero oradores buenos, como cigarras que en la selva, sobre el árbol sentadas, su voz lírrosa emiten, así —cómo no— los próceres de Troya sentados en la torre estaban...».

¿Es bella esta descripción? ¿Y por qué? Porque refleja la pintura de todos los ancianos que hemos conocido —exentos de las armas aún en tiempo de guerra, habladores buenos que están continuamente emitiendo su voz áspera —de lirio que roza— como están las cigarras en los árboles cantando y sentadas.. Así estaban ellos sobre la torre hablando y sentados...—. Dos cosas nota: lo que no hacen y lo que hacen. Lo que no hacen es tomar las armas, porque no pueden. Lo que hacen es hablar y aconsejar... por eso les pone el epíteto de «prudentes». Y para caracterizar esta su cualidad de hablar, se fija en las cigarras que están quietas posadas en los árboles sin dejar de cantar. Así estaban ellos entonces en la torre sentados también

y sin dejar de hablar..., con su voz de cigarra un poco cascada, de lirio que roza... ¡Qué belleza y qué sencillez!

Pero ven venir a Helena y, ¿qué dicen?, ¿qué hacen? Bajar la voz para que no les oiga y hacer el comentario que su figura les merece: «Verdaderamente que se explica que troyanos y aqueos lleven tanto tiempo sufriendo pesares por una mujer como ésta: si se parece en la cara a las diosas inmortales... Pero aún así, aún siendo tal, que se vuelva en las naves y no se quede para ruina nuestra y de nuestros hijos en adelante».

Es la pincelada magistral de Homero para describir a Helena. Dos caminos tenía: el de las causas o el de los efectos. Helena era —según la leyenda— la más bella mujer que había en Grecia *καλλιγύναικα*, la tierra de bellas mujeres. Homero la podía describir directamente recogiendo los rasgos de su hermosura, o indirectamente, por los efectos. Y fiel a su secreto estético, adopta este último método. Lessing en un conocido pasaje de su Laocoonte ha hecho notar cómo, sin describir un solo rasgo, nos ha dado Homero una impresión mayor de su superior belleza personal que de la que hubiera podido transmitirse por la más trabajada descripción. Este bajar la voz los ancianos —tan típico y natural— y exclamar entre sí dirigiéndose estas aladas palabras: «No es extraño que troyanos y aqueos sufran tanto por tal mujer» —dice bien en unos prudentes ancianos como éstos cuál no sería su hermosura... Y eso que son ancianos, y eso que son prudentes, y eso que tienen sobre sí la responsabilidad de toda la guerra. La primera impresión fue ésta: ¡Se explica!... Pero aunque se explique, su prudencia, su responsabilidad añade también: «Pero aún así, que se vuelva en las naves y nos deje en paz a nosotros y a nuestros hijos»... Es el cuadro estético perfecto: la fascinación y la reflexión.

Después de esta artística presentación de Helena viene su no menos artístico diálogo con Príamo. ¿De dónde viene el encanto de este diálogo? de las «saudades», de la añoranza de la argiva Helena que ve, desde la torre donde está cautiva pseudo-voluntaria, los ejércitos de su tierra, que están precisamente luchando por recobrarla, y ella los conoce y los reco-

noce... y explica a su suegro —rey de la Troya enemiga— quiénes son y cuáles son, y el suegro la trata con cariño a pesar de ser la causante con su hijo, y el suegro es un anciano y un anciano bondadoso... De todos estos elementos surge este diálogo inimitable. Añoranzas y recuerdos, resignación y cariño, arrepentimiento y respeto y dolor son los hilos mágicos de este bordado tan fino como el que Helena tejía.

Es una tela doble: el cariño de Príamo y la venganza y arrepentimiento de Helena: Los viejos comentaban bajo según se acercaba a la torre. Príamo levantó la voz y la llamó: «Ven acá, hija querida, siéntate delante de mi para que veas tu primer marido, tus parientes y amigos»... Entre el oleaje pasional de la guerra, ¿no es verdad que agrada esta brisa afectiva y cariñosa? ¿Esta delicadeza tan condescendiente? «Para que veas a tu primer marido, a tus parientes y amigos»..., pero enemigos de Troya. ¡Y enemigos por ti! Pero el anciano delicado y bueno quiere disculparla. «No me eres tú la causante, sino los dioses que me han echado encima esta guerra de tantas lágrimas de los aqueos»... Es una manera de decir... Es la única manera delicada para no herir a la pobre Helena... Mas si Príamo es delicado, Helena lo es también. Y lo que él se calla por no herirla, ella lo vocea arrepentida y agradecida y dolorida: «Respeto me infundes, querido suegro, y temor. ¿Por qué no se me antojaría la muerte fatal cuando acá con tu hijo me vine, dejando mi tálamo y mis relaciones, y una hija en flor y unas compañeras de encanto? Pero ésto no fue así y por eso me consumo llorando»... ¿No es verdad que el corazón se lo roba esta humildad y esta pena de arrepentida sincera? ¿No es verdad que se confiesa ella misma causante de tantas penas, ella con el hijo del Rey?... ¿No es verdad que la añoranza aromatiza todo esto al lamentar su abandono del tálamo y de sus familiares, y de su hija tierna y de sus compañeras sin igual? ¿No es verdad que la sinceridad lo aromatiza también al desear haber muerto antes de hacer lo que hizo?

Y sobre esta gran tela doble, purpúrea, de la delicada reserva de Príamo y la confesión declarada de Helena, borda las figuras de los héroes que la vienen a buscar... ¿No es verdad que

el bordado es digno de las manos de Helena, las más pulcras manos que nacieron en Grecia? Oigamos:

Priamo: «Ponte aquí delante para que me des el nombre de ese hombre prócer, quién es este aqueo gallardo y esbelto. De cabeza ya hay otros más altos, pero tan hermoso nunca lo vi con mis ojos, ni tan augusto: porque tiene el aspecto de un rey». Así como el anterior encanto residía en un contraste entre la delicadeza cariñosa de Priamo y la acusación declarada de Helena, así el encanto actual reside en otro contraste entre la curiosidad bondadosa y admirativa de Priamo, el rey troyano, y la apología tan grande del enemigo: apología que hacen a la vez Helena y Priamo y los demás ancianos. Helena griega y los demás troyanos... Esta admiración sincera y desinteresada del enemigo, este intervenir tan naturalmente en ella la argiva Helena, y este sintonizar con ella los demás ancianos tiene un encanto de nobleza, de patriarcalidad y convivencia agradabilísimo. Aún en la misma manera de llevar el diálogo se ve este encanto. Porque el que inicia el elogio siempre es Priamo —generoso y noble—. Helena da el nombre y añade algún rasgo, y luego Priamo otra vez —o los ancianos— complementan la apología. ¿No es esto patriarcalidad y superioridad de alma encantadora?

Además en vez de hacer el elogio de cada héroe seguido —que pudiera resultar largo y monótono— lo divide en tres partes y entre dos o tres personajes: porque primero indica Priamo sus características físicas al preguntar quién es, retratándole fisonómicamente para que Helena le identifique; segundo, da Helena su nombre y su caracterización moral; tercero, complementan exclamativamente Priamo o los ancianos la impresión total del retrato del héroe. Y con estas tres distintas modalidades —en consonancia con los momentos y los personajes— primero preguntando, segundo respondiendo, tercero comentando y amplificando— adquiere el diálogo una viveza y un dramatismo y un interés inusitados. ¡Qué diferencia de hacer el mismo poeta narrativamente y en tercera persona la descripción de sus héroes! Pues cuanto va de un método a otro, tanto va de Homero a algunos autores...

«Contestaré —dice Helena— a lo que me preguntas e interrogas: Este es el Atrida, el Caudillo Agamenón, buen rey a un tiempo y valiente combatiente: cuñado también mío era, de esta cara de perra, si todo ello no fue un sueño». Es la mezcla de su información y su desprecio. — Entonces el rey Príamo exclamó: «¡Dichoso Atrida, el mimado de la suerte, el bendecido por el cielo! ¡Tantos son los aqueos que te obedecen!... Ya una vez estuve en Frigia donde había un ejército incontable, cuando fui como aliado contra las hombrunas Amazonas: pero no eran tantos como los aqueos»... Estamos viendo el ejército aqueo y a sus jefes por los ojos del Rey de Troya, y este pasmo del anciano rey, tan bien caracterizado por sus recuerdos de antaño, nos confirma una vez más en la impresión de grandiosidad y número del desfile...

Después de Agamenón, el anciano Príamo se fija en otro jefe cuyo nombre empieza a sugerir por la caracterización. Es otro encanto de esta manera de preguntar de Príamo: la sugerencia. «¿Quién es también éste, hija querida, más bajo de cabeza que Agamenón Atrida, pero más ancho de espaldas y de pecho? ¡Hay que ver! Tiene las armas en tierra y él como un carnero va revistando las tropas. Sí, a un carnero le compararía yo, de espesa lana, que recorriese un gran rebaño de ovejas blancas»...

Agamenón esbelto, gallardo y hermoso, como corresponde al jefe de tan gran ejército. Este, más bajo pero más ancho. Chaparro, pero fornido. ¿Quién será? Agamenón —lo dijo antes— como un toro. Este como un carnero lanudo... ¿Qué imagen sugiere esta pintura? ¿No es verdad que la de quien es? — «Este es el hijo de Laertes, el mucha-maña Ulises, que se crió en Itaca la pedregosa y sabe toda clase de dolos y consejos prudentes». Verdaderamente que la caracterización de Príamo está sugiriendo la idea de Ulises tal como Helena le pinta y nosotros ya le conocemos por su mañosa intervención del canto segundo. Así tenía que ser su fisonomía.

Pero esta fisonomía física y moral tan en consonancia tiene también su amplificación, si no por boca de Príamo, por boca de uno de los ancianos de la torre, el último nombrado. «An-

tenor prudente la interrumpió entonces: Oh mujer, qué verdad es lo que has dicho. Ya en otra ocasión vino aquí Ulises de embajador a buscarte con Menelao. Yo los hospedé en mi casa y conozco por eso el natural de ambos y sus consejos prudentes. Cuando se presentaban en la asamblea troyana, de pie Menelao sobresalía por sus anchas espaldas, pero sentados era mejor Ulises. Una vez que tomaban la palabra, Menelao hablaba a prisa, poco pero muy claro: porque no era de mucha palabra, ni perdía el punto, aunque era el más joven. Pero cuando ya el mucha-maña Ulises se levantaba, paralizado se ponía a mirar para abajo clavando los ojos en tierra, y no movía el cetro ni hacia atrás ni adelante, sino lo tenía fijo como un hombre idiota. Dirías que era algún rencoroso o sin cabeza, así. Pero cuando ya —cómo no— la voz potente del pecho sacaba y caían sus palabras como copos de nieve en tiempo de invierno, no habría nadie que con Ulises se enfrentara. — Lo que es entonces no nos fijábamos ya tanto en su figura».

Este precioso retrato de Ulises y Menelao reúne muchos aciertos. Primero es un ejemplo de la manera homérica de trazar su epopeya. En vez de componerla así: «Rapsodia 1.^a: El Rapto de Helena. — Rapsodia 2.^a: De cómo fueron a reclamarla en misión diplomática Ulises y Menelao»..., ha puesto estos datos históricos subordinados a la acción y los ha traído dramatizados allí donde la acción los requería. Segundo, este juntar en uno Ulises y Menelao hablando con Helena y hablando precisamente de la misión en que vinieron por ella, es también impresionante, ahora precisamente que por ella —y por aquel fracaso diplomático— va Menelao a luchar. Tercero, la pintura fisonómica que hace de los dos héroes comparados y en distintas situaciones —sentados, de pie— agrada, pero sobre todo la pintura de sus cualidades oratorias comparadas a base de bonitos contrastes —Menelao sobrio aunque joven, rápido aunque parco; Ulises parado y soso al principio pero arrebatador después...—. Todo esto trae una novedad de caracterización al argumento y una variedad agradabilísima. Con una riqueza de detalles tan pintorescos: el laconismo del espartano Menelao y su sentido práctico que iba derecho al fin, lo des-

mañado del mucha-maña Ulises que comenzaba su discurso inmóvil con los ojos mirando al suelo, sin mover nada el cetro ni los brazos, como si fuera un inhábil, un hombre enfadado o un idiota... en contraste un sí no es estudiado con el torrente de voz y de palabra —más copiosa que los copos de nieve— que luego arrollador emitía... El cuarto acierto de este cuadrato es la variedad con que nos hace el retrato de un tercer personaje. Ha hecho el de Agamenón, ha hecho el de Ulises por el mismo método —preguntando Priamo, contestando Helena y comentando Priamo u otro anciano—. Ahora hace el de Menelao por otro sistema, variando así la manera, para continuarla por fin con Ayante.

«¿Quién es ese otro aqueo gallardo y esbelto que sobresale sobre todo los aqueos por su cabeza y anchas espaldas? — Ese es Ayante, el inmenso, baluarte de Aqueos. Es el tercer héroe porque pregunta —Ayante el fornido—, y el último. Luego sigue sin pregunta Idomeneo. «Idomeneo, en frente, está entre los Cretenses como un dios, rodeado de sus capitanes. Cuántas veces le hospedó Menelao en nuestra casa, cuando venía de Creta... Es el nombre de su primer cariño, hoy añorado, cinco veces aquí repetido... Es el recuerdo de su casa, varias veces repetido también, que empapa de añoranza toda esta teijoscopía y la impregna de un lirismo que cala... Lirismo y añoranza que llega a su cumbre al final —con el recuerdo de sus dos hermanos— como cerrando y coronando la principal trayectoria estética de esta escena que es la añoranza: «A otros muchos aqueos estoy viendo ahora que conozco muy bien y podría nombrar... Pero a dos no puedo encontrar— a Cástor y a Pólux—, hermanos míos que me dio una misma madre. ¿Es que no han venido de la amable Esparta? ¿Es que no se atreven a salir al campo por no oír las injurias que yo me merezco? Así dijo: pero ya los tenía debajo la tierra allá en Lacedemonia, en la querida patria». Así con este broche de oro termina esta escena sin igual. En él chocan los sentimientos del cariño y amor fraternal con la ausencia de los dos hermanos, en él reaparece el sentimiento de vergüenza de su indignidad, en él vuelven a chocar las dos razones que apunta con la razón verdadera y principal: pero

a ellos ya los tenía debajo la tierra allá en Lacedemonia, en su querida tierra... ¡Su querida tierra! Esta es la síntesis estética de este gran cuadro de la muralla troyana. La añoranza sentida con la vergüenza arrepentida... Añoranza dicen las lágrimas, añoranza los nombres que cita, añoranza las personas que busca y no encuentra. Y esto con una belleza de forma que sintoniza con la belleza de la heroína: belleza corporal y belleza moral... no de virtud sino de arrepentimiento.

No sería completo este estudio si no dijéramos una palabra de la técnica con que está compuesto, que es la técnica auténtica de Homero: técnica de selección y de generalización. No es un fichero de jefes. Escoge tres —los más eminentes— para las preguntas. Solo tres: Agamenón, Ulises y Ayante. Con Ulises mezcla Menelao. Tras Ayante cita a Idomeneo pero ya sin pregunta, preparando la enumeración general: «A otros muchos aqueos estoy viendo, cuyos nombres pudiera decir, pues los conozco muy bien». Generalización que le da pie por contraste para terminar con sus dos hermanos —ya muertos— a quienes no puede encontrar... Igualmente es de notar la manera: Agamenón amplio, Ulises amplio y Ayante breve, preparando el fin. Agamenón de un tipo, Ulises de otro tipo y Ayante distinto también. Y al final lo más impresionante.

Resumiendo, pues, toda esta escena magnífica de la teijoscopia, tenemos que su encanto estético reside en una idealización dramática. En vez de describir la hermosura de Helena y ponérsola allí sola pensando en su patria y lamentando su suerte, encuentra una bellísima manera de dar cuerpo y movimiento a estas ideas encarnándolas en una acción. Acción por lo demás muy natural y oportuna: la salida de Helena a la torre, el encuentro con los ancianos y el interrogatorio de su suegro Priamo. En esta acción van apareciendo idealizadas su belleza corporal, su belleza moral de arrepentida y agradecida, su añoranza de su hogar y su tierra, su cariño de esposa y de madre y hermana, y todo con el choque de su actual situación de cautiva... Con esto el poeta ingenioso y fecundo nos caracteriza a los jefes aqueos —a los más principales— a Priamo el rey de troyanos, y nos hace sentir la impresión que

causaba desde Troya el ejército aqueo. Todo repleto de rasgos tan gráficos, de ideas tan felices, de observaciones tan finas, y todo impregnado de patetismo profundo. La inspiración y la técnica se han dado la mano para hacer de esta escena una de las más bellas de la Iliada.

ESCENA TERCERA: LOS JURAMENTOS

«Y los heraldos por la ciudad llevaban las víctimas de los juramentos fieles —dos corderos y alegre vino— fruto de la tierra, en un hodre de cabra: y llevaba brillante cratera el heraldo Ideo y copas de oro. Y animaba al anciano acercándose con estas palabras: Levántate, hijo de Laomedonte, te llaman los principales de los troyanos domacaballos y de los aqueos bronce-tunicados para que bajes a la llanura, para que hagáis pactos fieles: que Alejandro y el favorito de Ares Menelao con largas lanzas van a luchar por su mujer: y con quien venciere se irán mujer y riquezas: y los demás hagamos un pacto fiel de amistad y habitemos en la terronera Troya: y ellos vuelvan a Argos pasta-caballos y a Acaya, mujeres-bellas. Así dijo; estremeciéndose el anciano y mandó a los compañeros uncir los caballos: y ellos al instante lo hicieron. Subió —cómo no— Príamo y tiró de las riendas para atrás; y a su lado montó Antenor en el bellissimo carro. Y los dos por las puertas Esceas guiaron los veloces caballos a la llanura. Mas cuando ya —cómo no— llegaron a los troyanos y aqueos, de los caballos saltaron a tierra muy nutridora y se fueron al medio de los troyanos y aqueos. Se levantó luego en seguida el rey de hombres Agamemón, se levantó también Ulises mucha-maña: y los heraldos ilustres juntaban las víctimas de los fieles juramentos de los dioses, y en la cratera mezclaban el vino y echaban agua a los reyes en las manos. Y el Atrida sacando con sus manos el cuchillo, que le colgaba siempre junto a la grande vaina de la espada, de las cabezas de los corderos cortó unos pelos: que en seguida los heraldos repartieron a los principales de los troyanos y aqueos.

Entonces el Atrida en alta voz suplicaba levantando las manos: Padre Zeus, que del Ida gobiernas, augusto, máximo, y tú, sol, que todo lo ves y todo los oyes, y ríos y tierra, y los que allá abajo castigáis a los hombres ya muertos que juran en falso: vosotros sed testigos y velad por estos fieles tratados: si a Menelao le mata Alejandro quédese éste con Helena y sus riquezas todas, y nosotros en naves volvámonos cruzamares. Pero si a Alejandro matare el rubio Menelao, que los troyanos devuelvan entonces a Helena y sus riquezas todas, y paguen a los argivos la multa que es conveniente, y cuyo recuerdo quede vivo entre los hombres que han de venir. Mas si Príamo y los hijos de Príamo no me quisieren pagar la deuda, cayendo Alejandro, entonces yo lucharé aún después por la multa, quedándome aquí hasta que logre el fin de la guerra. — Dijo, y cortó las gargantas de los corderos con el despiadado hierro: y los dejó en tierra boqueando faltos de vida: porque la fuerza les quitó el bronce. Y sacando el vino de la cratera con las copas lo derramaban, y suplicaban a los dioses sempiternos: y así decía alguno de los aquivos y troyanos: Zeus augusto, máximo, y dioses inmortales todos: quienes falten los primeros contra estos juramentos, que sus sesos corran así por tierra, como este vino, los suyos y los de sus hijos, y sus esposas sean de otros. — Así decían: pero —cómo no— todavía no se lo cumplió el Cronida. — Y en medio de ellos Príamo Dardánida les dijo estas palabras: Oidme, troyanos y bien grebados aqueos: yo ya me voy a Ilión, la ventosa, de nuevo, pues de ninguna manera puedo aguantar ver luchar a mis ojos a mi hijo querido con el favorito de Ares Menelao: Zeus sabe sin duda y los demás inmortales para quién de los dos está preparado el fin de la muerte. — Dijo y —cómo no— en el carro los corderos puso el divino mortal: y subió —cómo no— él mismo, y tiró de las riendas para atrás: y a su lado Antenor subió también al magnífico carro: y los dos —cómo no— de vuelta a Ilión se fueron».

Esta escena es sencilla. La presentación de Príamo en el frente está preparada por el espíritu de patriarcal interés y comprensión de la escena anterior. La soldadura —como antes se dijo— oportunísima, aprovechando la vuelta de los heraldos

con los corderos. Agrada la impresión de «escalofrío» ἐίγρησε que recibió el anciano al oír la noticia, causada no sólo por ser su hijo el que se iba a batir, sino también, y sobre todo, por la impresión que tenía de la debilidad de su hijo. Por eso luego dirá: «Me voy, porque no puedo ver con mis ojos luchar a mi hijo querido con Menelao el favorito de Marte. Dios sabe sin duda a quién le espera la muerte»... Agrada la rapidez del viaje —uncen los caballos, sube Priamo, coge las riendas, sube Antenor y pican por las puertas Esceas—... Agrada el saludo de Agamenón y Ulises que se levantan para recibir al anciano, agrada la expedición con que se prepara el sacrificio —reunión de las víctimas, mezcla del vino, lavamiento de manos, corte de pelos de las cabezas de los corderos con el machete de Agamenón, distribución de los pelos a los principales.— Agrada la súplica de Agamenón por la guarda de los pactos y las condiciones de éstos: si vence Alejandro que se quede con Helena y sus riquezas, si Menelao que devuelvan los troyanos a Helena y sus riquezas todas y paguen encima una deuda de guerra que sirva de escarmiento a los venideros. Y si se resisten a pagar la deuda, yo lucharé por ella hasta conseguir la victoria. Agrada el detalle de ver los corderos sacrificados todavía palpitando en tierra, la súplica del soldado desconocido de que se derramen por tierra los sesos del transgresor de los pactos como el vino de su copa, y la preocupación del viejo Priamo de volverse a su casa por no ver batirse a su hijo con Menelao... Rápidos suben al carro él y Antenor y rápidos vuelven a Troya.

ESCENA CUARTA: DUELO PARIS-MENELAO

«Héctor, hijo de Priamo, y Ulises divino midieron primero el campo, y luego cogiendo las suertes las echaron en un casco de bronce, a ver quién disparaba primero la bronceína lanza. Y el pueblo rezaba y levantaba las manos al cielo: y decía así alguno de los aqueos y troyanos: Padre Zeus, que reinas desde el Ida, ¡augusto, máximo: aquél de los dos que promovió este pleito entre ambos pueblos, concede que baje muerto a la casa

del Hades, y para nosotros haya amistad y pactos fieles. — Así —cómo no— dijeron: agitaba el casco el gran Héctor de tremolante casco mirando hacia atrás: y pronto saltó la suerte de Paris. Entonces se sentó la tropa en filas, donde cada uno tenía sus trotadores caballos y sus variadas armas. — Mas él, cabe sus hombros se puso las armas hermosas —el divino Alejandro—, esposo de Helena de bellos cabellos. Primero en las piernas se puso grebas hermosas, sujetas con hebillas de plata: luego en los pechos se vistió la coraza de su hermano Licaón: y se le acomodaba bien. Y por sus hombros —cómo no— se echó la espada tachonada de plata, broncea: y luego el escudo grande y macizo: y sobre su fuerte cabeza se puso un casco bien fabricado, con crines de caballo: y por encima terriblemente se agitaba el penacho. Y cogió una fuerte lanza que se acomodaba a sus manos. Y de la misma manera el marcial Menelao se puso sus armas.

«Después de haberse armado a ambos lados de la muchedumbre, avanzaron al medio de troyanos y aqueos mirando terriblemente: y el pasmo se apoderó de los que los miraban —troyanos domacaballos y bien grebados aqueos—. Y —cómo no— cerca se pusieron en el campo medido, blandiendo las lanzas con odio reciproco. Y primero Alejandro dispara la lanza de larga sombra y dió en el escudo del Atrida todo redondo, pero no horadó el bronce: pues se le torció la punta en el escudo potente. Y el otro, levantando la mano con bronce —el Atrida Menelao— suplicó al padre Zeus: Zeus, o rey, dame castigar al primero que me ofendió —al divino Alejandro— y hundele a mis manos: para que cualquiera de los hombres venideros se horrorice de hacer mal a quien le recibe y le ofrece su amistad. — Dijo —cómo no— y blandiéndola lanzó la lanza de larga sombra y dio al escudo del Priámida todo redondo. Por el escudo brillante pasó la pesada lanza y por la coraza maravillosa fuertemente se hincó: de frente junto a la ingle la túnica rasgó la lanza: él se inclinó y evitó la negra muerte. Mas el Atrida, sacando la espada tachonada de plata le dió levantándola en la cresta del casco: pero en tres o cuatro cachos

cascada se le cayó de la mano. Y el Atrida se lamentó mirando al cielo ancho:

«Padre Zeus, no hay otro dios más destructor que tú: tan creído como estaba yo de que me había de vengar de Alejandro por su maldad..., y ahora se me ha partido en las manos la espada. Y la lanza salió de mis manos inútil, que tampoco le dió». — Dijo, y dando un salto le cogió por el casco de espesas crines y dándole vueltas le arrastró hasta los bien grebados aqueos: oprímale la repujada correa bajo el tierno cuello, apretada bajo la barbilla para asegurar el casco. Y ya le hubiera sacado y hubiera conseguido inmensa gloria, si no lo hubiese advertido —cómo no— la hija de Zeus, Afrodita, la cual le rompió la correa del buey con golpe matado: y vacío se fue el casco siguiendo a su mano robusta... Entonces el héroe le tiró a los bien grebados aqueos dándole vueltas, y le recogieron los fieles compañeros. De nuevo se lanzó Menelao ansiando matarle con el hasta de bronce: pero se lo quitó Afrodita con toda facilidad, como diosa... y le cubrió —cómo no— de niebla espesa y le puso en su tálamo de buenos aromas, perfumado»...

Para describir el duelo se ha fijado el poeta en dos momentos: en la preparación y en el duelo mismo. En la preparación se distinguen tres fases: medir el campo, echar suertes, armarse. En el duelo se distinguen otras tres fases: disparo de Alejandro, contestación de Menelao, resultado. El encanto está en la riqueza de descripción directa y en la emotividad embebida en el argumento y dramatismo del duelo y reflejada en las tres exclamaciones que lo cortan. Es el mismo secreto del encanto de la escena anterior sobre los juramentos.

La medición del campo es bien sencilla: «Héctor, hijo de Príamo, y el divino Ulises midieron primero el campo». La echada a suertes está más desarrollada: cómo las echaban, para qué las echaban, reacción en la tropa, resultado. Cómo las echaban: «Y en seguida cogieron las suertes y las echaron en un casco de bronce». Para qué las echaban: «A ver quién de los dos había de disparar el primero la lanza». Reacción en la tropa: «Y los pueblos oraban levantando a los dioses las manos: Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo,

aquél de los dos que causó esta contienda entre ambos pueblos da que penetre muerto en la casa de Hades, y nosotros tengamos amistad y juramentos firmes». Resultado: «Agitó pues las suertes Héctor el de tremolante casco mirando para atrás: y en seguida saltó la suerte de Paris». Con esta sencillez están descritas las suertes, cuyo interés está en la manera —ese agitar el casco con las dos contraseñas mirando para atrás..., para que no pueda haber engaño— y cuyo patetismo está en los sentimientos de toda la tropa, lo mismo aqueos que troyanos, de que caiga el causante y tengan los demás otra vez paz sobre pactos firmes. Este hacer intervenir a los espectadores es un secreto del arte homérico.

Los dos jefes se sientan —Héctor y Ulises— cada uno donde tiene sus caballos trotadores y sus armas bellas. Y empiezan a armarse los dos del duelo. Homero siempre gusta de describir las cosas en acción. En vez de habernos descrito en la primera rapsodia —como hace Ercilla en su Araucana— cómo y cuáles eran las armas troyanas, nos las presenta aquí por vez primera cuando van a armarse, o mejor, mientras se van armando los primeros combatientes. Mejor dicho, mientras se va armando el primer combatiente. Porque Homero, siempre económico en su inmensidad, una vez que ha descrito el armarse del primer combatiente, ya no describe el segundo para no patinar repitiéndose, sino que con economía poética le despacha en un verso diciendo: «Y de la misma manera se armó el marcial Menelao». ¿Por qué describe el armarse de Paris? Porque él es el que va a caer... Y para preparar el contraste está dando relieve a su persona: él es el que provoca, él es el primero a quien cae la suerte, él es el que se arma, él es el que dispara primero...

Y su caída está sintonizada con su culpabilidad, con su debilidad y afeminamiento y aún con su falta de armas..., porque se presenta en el campo vestido como un arquero y ahora le tienen que dejar prestadas las armas. ¿En qué armas se fija? En las grebas o polainas, en la coraza, en la espada, en el escudo, en el casco y en la lanza. Seis armas o piezas en total. ¿Y cómo son? Porque todas están caracterizadas. Y en la caracteriza-

ción de cada una, según se las ponía, está el encanto de esta descripción: Primero una frase general indicadora: «Mas él cabe los hombros se puso las armas hermosas —el divino Alejandro, esposo de Helena de bellos cabellos»—. Y luego la especificación: «Se puso primero las grebas —hermosas, ajustadas con hebillas de plata—. Después se vistió la coraza —de su hermano Licaón y le caía muy bien—. Luego se colgó de los hombros la espada, tachonada de plata, broncea. Y después el escudo —grande, compacto—. En la dura cabeza se puso un casco —bien fabricado, con penacho de crin de caballo—: y el penacho ondeaba por encima terrible. Y cogió una fuerte lanza —que se le acomodaba a las manos...—. Y de la misma manera el marcial Menelao se puso las armas». Número, cualidad, acción...

El duelo. «Después de armarse cada uno en su frente, salieron al medio de troyanos y aqueos, mirando a lo fiero: el pasmo se apoderó de todos los que los contemplaban, troyanos y aqueos. Pusieronse cerca en el campo medido, blandiendo las lanzas con odio recíproco». Tres rasgos típicos alternan: ellos, el auditorio, ellos. Ellos salen al medio mirando a lo fiero, el público se sobrecoge de pasmo, ellos se acercan blandiendo las armas con odio. ¿Para qué más? Y empieza el disparo. Dispara primero Alejandro conforme a la suerte —que favoreció al más débil...—. Y dió en el escudo totalmente redondo del Atrida, pero no rompió el bronce: que se le torció la punta en el escudo resistente... ¿Indica debilidad en el que la tiró? ¿Indica debilidad en la lanza? ¿Indica resistencia en el escudo contrario? Todo ello puede indicar, y sobre todo que el resultado fue nulo. — Dispara el segundo, Menelao, y su disparo como más potente por la fuerza y por la razón, está más ampliamente descrito. Primero con una súplica donde nos explica su ánimo y la razón estética de este duelo: «Zeus soberano, dame vengarme del que primero me ofendió, para escarmiento de todos los venideros, que nadie abuse de quien le ofrezca hospedaje»... Luego describe el efecto del disparo mucho más eficaz que el anterior, pues atraviesa escudo, coraza y túnica. «Dijo, y vibrando lanzó la

lanza y dió en el escudo totalmente redondo del Priámida: atravesó el escudo que brillaba, se clavó en la coraza que era una maravilla, y la punta rasgó la túnica junto a la ingle: mas él se inclinó y evitó la parca negra». Son las tres cosas atravesadas con sus caracterizaciones. Y el resultado final: «¡Gracias que se inclinó!, si no, no hubiera evitado la negra muerte»... El disparo del Atrida fue, pues, superior al del Priámida. Pero fue también inútil. Entonces Menelao, más valiente y decidido que Paris, acude a la espada y le da un tajo en el cono del casco, pero la espada se chasca en tres y cuatro pedazos y se le va de las manos... Otra vez los sentimientos del héroe: «Padre Zeus, yo creía que iba a vengar la injuria de Alejandro, y ahora se me quiebra la espada en las manos y acabo de disparar también la lanza en balde»...

Pero Menelao no cede. Agotada la lanza y la espada acude a las manos: Dando un salto le agarra por el casco de crines de caballo y le tira y arrastra hacia los aqueos: le ahogaba la adornada correa bajo el tierno cuello, la correa que bajo la barbilla le sujetaba el casco. Y le hubiera de esta vez sacado, si Afrodita no le rompe la correa... Y el casco se fue tras la mano robusta..., vacío. El héroe le arrojó dándole vueltas a los aqueos, y lo recogieron sus compañeros. Quiso Menelao atacarle de nuevo, ansiando matarle con lanza de bronce, pero se lo arrebató Afrodita, muy fácil... como diosa que era... Esta bella descripción tiene su interés en la impresión que nos da —por los efectos— de la superioridad de Menelao y debilidad femenina de Paris, que se deja coger por la cresta del casco y se deja tirar y se deja arrastrar... Realmente en las manos de Menelao está hecho un guiñapo. Y luego el rasgo tan típico y si es no es también femenino: «le ahogaba la recamada correa bajo el tierno cuello, la correa que bajo la barbilla le sujetaba el casco». La misma acción de ahogarle, los mismos epítetos de «recamada» y «blando», y la misma pintura de la correa por debajo la barbilla, todo parece recalcar este ambiente. Y viene Afrodita a auxiliarle —otro rasgo— y le rompe la correa, y Menelao se queda con el casco vacío en la mano. Rasgo cómico que el poeta describe con gracia indecible: «Y el

casco seguía a la mano robusta... vacío». Gracia que encuentra su complemento en la reacción del héroe que le empieza a dar vueltas y le tira a las filas aqueas... Quiere volverse y matarle, pero se lo arrebató Afrodita, quien le traslada oculto en nube de niebla al tálamo bien oliente, perfumado»...

Aquí está la clave de este final semi-cómico del duelo: preparar este desenlace feliz para Paris el afeminado, y este traslado del campo al tálamo por virtud de Afrodita. Por eso esta última pieza quicial del duelo es la mejor trabajada y la más interesante. Es que la misión estética de este duelo no es terminar la guerra, sino señalar sus causas morales, y una vez logrado este fin se desvanece para dejar paso a la evolución ulterior del poema, como más adelante se desvanecerán las aristeyas... El duelo ha dejado bien claro la superioridad de Menelao sobre Paris. Este no tiene más que un disparo ineficaz y débil. Menelao en cambio actúa con lanza, con espada y con manos, y hace de Paris lo que quiere arrastrándole como un muñeco. La riqueza de descripción brilla por todo él con perlas verdaderas, como «el casco que lanza Menelao, volteándolo», «el casco que sigue a la mano robusta... vacío», «la espada que chasca en tres y cuatro partes», «los héroes que avanzan al medio mirando con furia», «el penacho que ondea terrible por encima», «Héctor que agita las suertes mirando hacia atrás»... La solución manca del duelo, un si es no es decepcionadora, no es nada más que la necesidad de dejar abierta la puerta para la renovación de la guerra —exigida por la marcha del poema— como se verificará en el canto siguiente.

ESCENA QUINTA: EN EL TALAMO DE HELENA

«Afrodita arrebató a Paris y lo puso en el tálamo bien-oliente, perfumado. Ella se fue a llamar a Helena, y la encontró en la torre elevada: y a su lado abundantes troyanos. Con la mano la tiró del oloroso vestido cogiéndola, y parecida a una anciana antaño nacida, la dijo... —a una cardadora que cuando vivía en Esparta la cardaba lanas hermosas, y la amaba entraña-

blemente— a ésta parecida la dijo la divina Afrodita: Ven acá: Alejandro te llama para que vuelvas a casa. Allá está él en el tálamo y en los torneados lechos, radiante de hermosura y de atavío: no dirías que ha venido de luchar con un hombre, sino que va al baile, o que acaba de bailar, y está descansando. — Así dijo: y la excitó —cómo no— el sentimiento en su ánimo: Y cuando conoció de la diosa el hermosísimo cuello y los amorosos pechos y los ojos chispeantes, se pasmó —cómo no— en seguida y la habló estas palabras diciendo su nombre. Malhadada, ¿por qué me quieres engañar con ésto? ¿Acaso me quieres llevar por ahí más lejos por las ciudades populosas de Frigia o Meonia la amena, si tienes también por allí algún querido entre los mortales hombres? Porque ya ahora quiere Menelao —habiendo vencido al divino Alejandro— llevarme a mí, la aborrecida, a su casa, ¿por eso también ahora te presentas acá con torcidos intentos? Siéntate junto a él, anda, y renuncia al camino de los dioses: ni vuelvas más por tus pies al Olimpo, sino siempre suspira por él y guárdale, hasta que te haga su esposa o su criada. Allá yo no voy —ignominia sería— a preparar su lecho: las troyanas todas me vituperarian después: y ya tengo bastantes pesares —pesares sin cuento— en mi ánimo.

Pero irritada la dijo la divina Afrodita: No me enojés, desgraciada: no sea que en mi ira te abandone, y te odie tanto cuanto ahora tan tremendamente te amo, y entre ambos suscite enemistades fatales —entre troyanos y dánaos— y tú con triste suerte perezcas. — Así dijo: y temió Helena, de Zeus nacida: y a todas las troyanas se les pasó inadvertida: la guiaba la diosa. Cuando ellas llegaron de Alejandro a la casa hermosísima, las criadas se volvieron luego al punto a sus quehaceres. Para ella —cómo no— una silla cogiendo la amiga de la risa Afrodita, frente a Alejandro la puso la diosa llevándola: allí se sentó Helena, hija de Zeus que lleva la égida, los ojos atrás inclinando, y a su marido increpó diciendo: Has venido de la guerra, ojalá hubieses allí muerto, vencido por el hombre valiente que fue mi primer esposo. Si, antes ya te gloriabas de ser superior al querido de Marte Menelao por tu fuerza, tus manos y tu lanza: pero véte ahora, provoca al querido de Marte

Menelao a que luche de nuevo mano a mano. Mira, yo misma te advierto que lo dejes, que con el rubio Menelao mano a mano no entables combate ni luches temerariamente, no vayas a sucumbir bien pronto por su lanza. — Y Paris la contestó así diciendo: No me regañes, mujer, con duras palabras, porque ahora Menelao me ha vencido con Atenas: pero a ése otra vez le venceré yo: que también nosotros tenemos dioses a nuestro lado...

Mas el Atrida andaba por la muchedumbre, parecido a una fiera, por si en algún sitio divisaba a Alejandro, guapo como un dios: pero ninguno podía de los troyanos e ilustres auxiliares señalar dónde estaba Alejandro entonces al querido de Marte Menelao. Porque lo que es por amistad no le hubieran ocultado, si alguno le hubiera visto: pues era igualmente odiado para todos ellos como la negra muerte. Y les dijo el rey de hombres Agamenón: Oídme, troyanos y dárdanos y aliados: la victoria ya se ha declarado por el querido de Marte Menelao: vosotros devolved a la argiva Helena y a sus riquezas con ella, y pagad la deuda de guerra que es justo para que quede como ejemplo entre los hombres venideros. Así dijo el Atrida: y le apoyaron los demás aqueos».

La principal finalidad de esta escena es acabar de describir en toda su crudeza la verdadera causa de toda esta guerra, que es el sensualismo repugnante de Paris. Sensualismo voluptuoso que le enerva y le degrada a los ojos de todos lo mismo aqueos que troyanos, que le odian como a la negra muerte. Es la tragedia de la realidad, que por una causa tan baja y tan indigna se tomen posiciones y se adopten posturas de tanta trascendencia como de una guerra mundial. Tantos muertos, tanta sangre, tantos años de desventuras, tantos pueblos movilizados por una baja pasión y un indigno placer. *Sunt lacrimae rerum...* ¡Tragedias de la realidad! Y el poeta lo ha hecho sentir con la dolorida reconvención de Helena, y la reacción dolorida de toda la tropa troyana ante la actitud repugnante de aquel chulo pelele: «porque a todos les era tan odioso como la negra muerte...».

Juicio general de este Canto tercero

Grandes valores tiene este libro. En primer lugar es una complicación en la marcha de la trama del poema, que parece iba a la guerra total y de repente parece que se va a reducir al duelo singular de dos guerreros. Segundo, presenta estéticamente las causas morales de la guerra. Tercero, con los protagonistas morales —Paris el seductor, sensual y afeminado, y Menelao, el esposo digno— presenta a la seducida Helena más encantadora que por su belleza sin igual, por su hondo arrepentimiento de gran pecadora. La presentación de Helena describiendo desde la torre a sus compatriotas que vienen a luchar por ella, es de una terneza sin igual.

El duelo es un cuadro épico magnífico..., y su mismo desenlace, un si es no es defraudador, tiene como misión dejar la puerta abierta para la ruptura de los pactos y pintarnos el sensualismo de Paris que por su pasión amorosa arruina a una nación... como más tarde Don Rodrigo, por sus amores con la Cava, arruinará a España. Lecciones terribles que la poesía canta para escarmiento y execración de los mortales —es Héctor quien execra a su mismo hermano, es toda Troya quien execra a su príncipe— lecciones repugnantes que la poesía capta para pintar la tragedia de la vida, cuya filosofía eterna enseña la épica con su lenguaje en canto...

ENRIQUE BASABE, S. J.